

## *Recensiones*

## RECENSIONES

García Carrasco, J. (2007).

*Leer en la cara y en el mundo*. Barcelona: Herder. 462 págs.

Libros, autores y lectores recorren, a veces, caminos separados. En el ámbito académico esta escisión, lamentablemente, suele ser más frecuente de la que desearíamos los lectores. No me refiero a los manuales de estudio que requieren indudablemente de esta simbiosis autor-lector (profesor-estudiante, experto-novel), sino a los libros de ensayo académico, que surgen a iniciativa de sus autores con la finalidad –legítima, por otra parte– de reflexionar en voz alta, ordenar y sistematizar su pensamiento, en lugar de darlo a conocer a sus lectores con la intención de mostrarnos un nuevo sendero que sirva de ayuda para que otros la recorran. Las consecuencias de este solipsismo académico, cuando la reflexión va acompañada de monólogo, son perjudiciales para cualquier disciplina científica y, en especial, para los ámbitos de conocimiento e investigación de naturaleza teórico-práctico –p.e. el ámbito de la Teoría de la Educación– en los que, en ocasiones, se confunde rigor y aplicabilidad del conocimiento con ininteligibilidad y mera resolución técnica de problemas. En relación con nuestro ámbito científico: el pedagógico, afortunadamente no todos los ensayos académicos que se publican practican este solipsismo. Se escriben con la altruista intención de “echar una mano para que otros den de sí” como declara abiertamente el Profesor Joaquín García Carrasco, autor de la obra que se reseña.

Su última obra publicada se presenta a sus lectores con un sugerente e ilustrativo título: «*Leer en la cara y en el mundo*». Este ensayo de antropología pedagógica, como todo ensayo, subjetivo –no por ello carente de rigor científico y de un profundo pensamiento crítico– lo escribe nuestro autor con el sincero propósito de comunicarse con el lector a través de un nuevo lenguaje y una nueva mirada científica al complejo binomio natura-nurture, tratando de responder a la pregunta radical del porqué la cultura y, con ella, la educación, constituyen una “necesidad vital” de la especie humana. Para responder a esta cuestión radical, indisociablemente unida a ésta otra: acerca de la naturaleza de la condición humana, el Profesor García Carrasco, analiza dos competencias específicamente humanas: la comprensión, que nos permite “*leer en el mundo*” y la compasión, que nos facilita el acceso al Otro, mediante la posibilidad de “*leer en la cara*”. Esto es, la competencia racional mediante la cual accedemos a la comprensión ¿objetiva? del mundo y la competencia social mediante la cual nos vinculamos al Otro. La Ciencia ha localizado a la primera, la inteligencia paradigmática –parafraseando a Jerome Bruner– en el cerebro y la biología; a la segunda, la inteligencia narrativa, la sitúa en la esfera del corazón y la cultura. El procedimiento aplicado por la ciencia para responder al interrogante sobre la naturaleza humana prosiguió la vía analítica-disyuntiva lo que supuso, a la larga, explorar la naturaleza humana de forma dissociada. La Biología y otras Ciencias de la Vida se encargarían de presentarnos la naturaleza humana como producto de la evolución, reservando para la Psicología y las Ciencias del

“Espíritu”, la comprensión de la naturaleza humana como producto de la cultura y, con ello, de socialización y de aprendizaje. La naturaleza humana queda escindida y, con ello, las posibilidades de ofrecer una visión global del ser humano.

En un intento de lograr la *soldadura ontológica* –parafraseando a Edgar Morin– y la comunicación (vinculación) entre ambos sistemas, García Carrasco intenta recomponer en una única imagen, inevitablemente poliédrica, la naturaleza humana, *naturalizando* (la cursiva es mía) la educación y, con ello, la cultura y *humanizando* o *vivificando* –en lugar de petrificar o someter en exclusiva a razón natural– su condición orgánica.

Esta recomposición la realiza el autor aplicando a la pregunta radical que él se formula “¿qué es la vida? un nuevo discurso. En la línea de otros consagrados científicos y humanistas contemporáneos (vid. Francisco Varela, Boris Cyrulnik y Edgar Morin), el Profesor García Carrasco adopta una nueva actitud mental y, con ello, un nuevo enfoque que incorpora como matriz explicativa los constructos comunidad, compasión, comunicación, vinculación, pertenencia y responsabilidad. Como ejemplo, la primera frase que ilustra uno de los capítulos de su libro (Capítulo 7: La vida, narrada en lenguaje fisicomatemático y en el lenguaje biológico): “Hay por lo menos, dos maneras de tratar de comprender la vida: a partir de los procesos que la hacen posible o a partir de las iniciativas de los humanos para hacerla vivible (p. 269)”. Este nuevo discurso es, a todas luces, extremadamente importante en el discurso pedagógico y en las acciones de formación. De la lectura de la condición humana leyendo en las caras de seres humanos (Capítulo 5), esto es, armonizando e integrando en el discurso tecnocientífico, la “lectura de las caras” (p. 231) estaremos en mejores condiciones de satisfacer las exigencias de humanización y de cultivar (en lugar de erosionar) esa otra dimensión constitutiva de la especie humana como es la empatía, la capacidad de leer el Otro.

La obra se estructura en diez capítulos de similar consistencia y profundidad teórica. Los dos primeros capítulos aportan los parámetros necesarios para situarnos en una nueva lectura de la cultura desde un renovado y emergente humanismo, en clave de “ecología profunda”. Los capítulos del tres al seis respectivamente sitúan en primera fila a los seres humanos más indefensos para comprender la condición humana. A partir de ellos, el autor enarbola una amplia variedad de argumentos que reivindican la necesidad de leer en la cara para comprender –en el caso de la ciencia– y conformar –en el caso de las acciones de formación– la condición humana. Como bien afirma el autor: “para la ciencia, la vida es un problema real; para cada ser humano en particular, la vida es un drama personal (...) La condición humana no podemos estudiarla con la ontología eleática, que sirve tanto para cosas, como para organismos y humanas (...). No existe la posibilidad de ser humano sino en un contexto de acogida (p. 192)”.

A lo largo de los siguientes capítulos –siete y ocho– se analiza y valora críticamente la interpretación que de la condición humana ha proporcionado el discurso tecnocientífico a través del lenguaje fisicomatemático y el lenguaje biológico. Uno de los epígrafes del Capítulo 8, ejemplifica muy bien la crítica que el autor realiza frente a esta suerte de reduccionismo: “La vida no es el ADN”.

Los dos últimos capítulos del libro –nueve y diez respectivamente- sirven de base para la construcción de un nuevo soporte epistemológico en el discurso pedagógico. ¿Cómo formar al “Yo mentero”?, empleando la expresión acuñada por nuestro autor. Sometido a crítica el enfoque intencional que sitúa al mentero en primera persona aislado de los otros para explicar la mente humana, el autor nos presenta una nueva lectura de la intencionalidad incorporándole esta habilidad de leer en las caras. La calidad de nuestra vida mental –y la plena realización de la condición humana-, nuestra posibilidad de comprender el mundo estarían estrechamente vinculadas a nuestra capacidad humana de leer en la cara del otro, de ponernos en su lugar. Como bien expresa García Carrasco, *“El éxito biológico de la especie provino y depende de estas dos competencias. (...) La calidad de la mente de los humanos consiste en la manera en que tratan a la comunidad de vida, (...) y en la deferencia con la que tratan todas las formas de imperfección y limitación, individuales o colectivas, que el poder de su inteligencia es capaz de identificar. (...) De estas dos familias de competencias crecieron la conciencia científica y la conciencia ética, pues las dos son imprescindibles para el proceso de formación de la mente de un ser humano”* (p. 448).

Nos situamos ante uno de los ensayos científicos más fascinante e importantes que se han editado en los últimos años en nuestro país en el ámbito de las Ciencias de la Educación. Relata el autor en una de las páginas finales de su obra (p. 445) que cuando algunas personas leyeron el manuscrito del libro le preguntaron: *“¿por qué quienes estudien ciencias de la educación debieran ocuparse de estas cosas? ¿qué sacan de todo esto un futuro profesor o un futuro maestro?”* (p. 445). A estas preguntas, a mi juicio, miopes, se puede responder como lo hace el autor, con honestidad y convicción: *“Yo creo que nos ayuda a comprender. También creo que es motivo de fascinación. (...) Además tenemos tema de investigación y una fuente inagotable de ilusión”* o como respondió en cierta ocasión el escritor neoyorkino Paul Auster cuando le preguntaron: *“¿qué sentido tiene el arte y, en particular, el arte de narrar en lo que llamamos mundo real?”*, respondiendo: *“Ninguno que se me ocurra, al menos desde el punto de vista práctico”*.

Retomo las ideas que señalé al inicio de esta reseña. Quienes confundan aplicabilidad con mera resolución de problemas técnicos, la simbiosis autor-libro-lector con esta obra no se producirá. Pero quienes busquen en un libro, y muy especialmente en esta obra reseñada –no olvidemos, que se trata de un ensayo científico- un espacio de diálogo y reflexión con el autor y su pensamiento, de aventura intelectual para recorrer un nuevo sendero y de pasión por conocer ampliando y refrescando nuestra mirada, este libro ocupará, sin duda, un espacio representativo en su biblioteca.

Clara Romero Pérez